

VIII Congreso Internacional de Convergencia, movimiento lacaniano por el psicoanálisis freudiano

¿Qué ética para la práctica psicoanalítica en la actualidad?

Barcelona 24, 25, 26, y 27 de mayo de 2023

Ponencia institucional de Apertura

Presentan: Laura Vaccarezza, Norberto Ferrer, Carme López, Silvina Mosquera, Lidia Ortiz e Irma Bouyat

El lugar del psicoanálisis en tiempos del 3.0

Este congreso nos convoca a debatir acerca de la ética y del lugar del psicoanálisis en los tiempos actuales, tiempos hipermodernos y del 3.0.

Ya nos lo enseñó Freud, estamos siendo testigos de un nuevo malestar en la cultura, son tiempos marcados por grandes y rápidos cambios, por movimientos sociales: pensamos en los avances tecnológicos, científicos, en los tratamientos de reproducción asistida, en la IA (inteligencia artificial), en el big-data, la crisis económica y financiera, la guerra de Ucrania, la escalada armamentística, la irrupción de la pandemia, el cambio climático... la vida en un clic... una realidad inquietante que cambia los modos de vida.

La sociedad actual, como en otros tiempos, manifiesta un malestar que se presenta bajo diferentes formas, con diversidad de aspectos y de la que emerge una amplia expresión sintomática, que se manifiesta y que se hace ver.

Los psicoanalistas también están zarandeados por esta realidad que los cuestiona, por lo que no pueden mantenerse pasivos y ajenos ante todo lo que ocurre; no están “fuera de”, viven inmersos en una coyuntura de malestar generalizado, en el que el discurso dominante empuja a la población a gozar de forma ilimitada... Nos encontramos frente a una realidad de cuerpos manipulados por la ciencia que niega lo imposible y favorece un goce desbordante, frente a un estallido de objetos y de cuerpos que no hacen más que generar una vertiginosa angustia.

Falta la falta, lo que nos acerca, cada vez más, a una realidad que se percibe como delirante.

En este punto y desde el amor de transferencia, es donde entra en juego nuestra ética como analistas: sostener en acto esa función tercera que hace saber de la falta, de la incompletud, del límite, de la finitud, de la ley, de ese “borde-contenedor” que tanto pacifica, lo vemos en la clínica; una terceridad que opera desde el des-ser, que escucha, señala y se dirige al sujeto, acompañándolo en su decir, en su transitar, sin prejuicios, haciéndole saber sobre su deseo.

A propósito de los tiempos y de “*lo contemporáneo*”, el filósofo italiano Giorgio Agamben, escribe:

*(...) contemporáneo es aquel que tiene la mirada fija en su tiempo, para percibir NO la luz sino la oscuridad. Todos los tiempos son, para quien experimenta la contemporaneidad, oscuros. Contemporáneo es, justamente, aquel que sabe ver esa oscuridad y que es capaz de escribir mojando la pluma en las tinieblas del presente”.
(...) “No dejarse cegar por las luces del siglo; solo así podremos distinguir en ellas la parte de la sombra, su íntima oscuridad”.*

Dicho de otro modo: no hay luz sin la oscura intimidad de los síntomas que llegan a nuestras consultas; unos llamados que ponen de manifiesto la crisis de lo simbólico, donde reina la metonimia, la imagen del “como si”, el Ideal del yo, y una realidad virtual y múltiple en donde no hay bordes ni interdictos.

El sistema, neoliberal y perverso, está instalado en la certeza del “Todo es posible”, “todo es comprable”, y alimenta sin fin ese desasosiego social, a la vez que publicita y vende presuntas soluciones exprés para todo.

Las realidades sociales se multiplican a la velocidad de las desigualdades y de los contrastes, el semejante se convierte en amenaza, el aislamiento inducido en hábito, y se cambia la vida afectiva por la supervivencia. El mal “trato” desborda el mal “estar”. Son tiempos en los que la subjetividad de la palabra, lo simbólico, también se tambalean desvelando, a la par, su fragilidad contemporánea.

Sabemos que el sujeto es per se subversivo y, cuanto más se intenta aplastarlo, más se revuelve...

Por lo tanto, es ahora, más que nunca, cuando debemos prestar atención a las penumbras de los pacientes y ser capaces de verlas entre tanta luz cegadora; es un buen momento para quitar la mirada y afinar la escucha, poder significar los silencios, las puestas en escena, los dichos y medio dichos, lo que se queda entre las palabras; hacerle un lugar, un espacio a su subjetividad, para que pueda manifestarse; quizás así se pueda arrojar algo de luz a la singularidad de cada caso.

La ética, tema que hoy nos convoca a analistas, estudiosos, oyentes y curiosos, nos insta a reflexionar, a seguir trabajando, debatiendo, intercambiando ideas, escribiendo; en definitiva, nos insta a seguir sosteniendo el discurso del psicoanálisis.

Lacan, hacia el final de su enseñanza, decía: *«es indispensable que el analista sea al menos dos. El analista para tener efectos y/es (et/est) el analista que, a esos efectos, los teoriza»*. Si la práctica no se explica, no se formaliza, no se escribe, el psicoanálisis no se diferencia de la magia o de cualquier tipo de esoterismo. Y aquí estamos, reunidos, poniendo el cuerpo y reencontrándonos en torno a la ética; respecto a esta, Lacan nos dice: *“el acto ético es aquel que es conforme al deseo del sujeto; tanto como el acto no ético o culpable, que es aquel en el que el sujeto CEDE para renunciar a su deseo”*.

De este modo, podemos pensar la ética del psicoanálisis allá donde hay una demanda del Sujeto (que sufre, pide ayuda y se queja) y donde hay un deseo de analista por escuchar qué dicen, cómo hablan los síntomas de quien viene a consultar.

Como analistas sabemos que el lenguaje, que nos atraviesa y nos golpea, no determina un sentido único e inequívoco de las palabras, por lo que la vida puede ser entendida de muchas e infinitas maneras, tantas como sujetos hay; cada uno tiene su propia verdad, su propia interpretación del devenir de su existencia y de los síntomas

que carga en su mochila; todos éstos son síntomas que acompañan al “parlêtre” y a su verbo, desde el principio de los tiempos.

En el contexto actual, el motor de nuestra praxis es pues escuchar la subversión y el deseo del sujeto (en unos tiempos en los que el deseo está extraviado y la subjetividad gravemente comprometida); es trabajar para construir un eje transferencial sólido que le haga un lugar a sus manifestaciones, por más extravagantes que parezcan, y mediante el cual poder conducir la cura para que el deseo del Sujeto aflore en palabras; desde una escucha ética (que no moralista) con la que sostener el acto analítico ético.

Volvemos a Lacan quien, frente al malestar, nos propone trabajar desde su máxima ética: *“No retroceder frente al deseo”, “acercarse a lo real del sujeto a través de lo más singularmente propio de cada uno, para que éste no se anule ni se traicione”*; para poder bucear en busca de la verdad auténtica de cada uno.

Si hay una ética del psicoanálisis es pues aquella que se aparta radicalmente de cualquier fórmula de adaptar el sujeto a lo que conviene, a la moral, a lo que busca adiestrarlo y predeterminarlo.

Son tiempos en los que “falta la falta” y en los que no hay imposibles posibles, pero ¡qué gran paradoja: ¡lo que más se intenta que falte es el sujeto!, borrado y convertido por el sistema en un objeto, sin alma, sin oportunidad para la singularidad y la palabra. Aquí está el legado de Freud, de Lacan, del psicoanálisis y de su ética: en el esfuerzo por seguir escuchando el malestar que llega al dispositivo, por hacer que surja el sujeto y su palabra singular y plena, para hacer saber algo de la castración, del deseo, del goce, del límite, del amor, de la pérdida, de la vida, del vínculo con el Otro y con el semejante...

Nuestra ética debe apuntar a un acto dúctil y abierto, camaleónico, sin rigideces, único de cada paciente, en cada sesión; un trabajo diametralmente contrapuesto a las secuencias y a los algoritmos que intentan predeterminarnos; un acto fundamentado en la transferencia, en la demanda de amor, que sepa de los tiempos y que sea

abierto, que se alimente de otras disciplinas, que haga saber de la causa y del origen de la angustia, que delimite esas cicatrices, esos síntomas transgeneracionales y atemporales, personales e intransferibles... que retornan una y otra vez. La cultura cambia y el malestar se manifiesta bajo nuevos modos de presentación.

Respecto de *“La dirección de la cura y los principios de su poder, Escritos I”* (1958)

Siglo XXI Editores, Lacan nos dice:

“Pues si el amor es dar lo que no se tiene, es bien cierto que el sujeto puede esperar a que se le dé, puesto que el psicoanalista no tiene otra cosa que darle (es amor de transferencia). Pero incluso esa nada (la falta), no se la da, y más vale así; y por eso esa nada se la pagan, y preferiblemente de manera generosa, para mostrar bien que de otra manera no tendría mucho valor”.

El paciente paga para que el analista le haga saber de la falta, en su camino hacia el deseo.

Llegados a este punto, proponemos un lugar y una ética del psicoanálisis en tiempos del 3.0, cimentados en el deseo de analista, un analista involucrado, comprometido, coetáneo de su tiempo y que trabaja desde la falla primordial que nos caracteriza a los seres hablantes, que nos estimula a seguir aprendiendo, a prestar una escucha atenta y delicada, a investigar y a formarnos para ser capaces de avanzar un poquito más, como lo estamos haciendo hoy y aquí.

En definitiva, mis colegas y yo nos referimos al compromiso fundamental de “ser activistas de la palabra ética y plena del Sujeto”, una palabra que reposiciona y trae consigo nuevas perspectivas y sentidos, nuevos deseos; la misma palabra con la que hacemos camino al hablar.

Como dijo Lacan en el Seminario nº7, refiriéndose a la moral del poder: *“Ustedes continúen trabajando, y en cuanto al deseo, esperen sentados”.*

Nosotros no esperamos.

